

Venezuela

Ensayo sobre la descomposición

JOSÉ NATANSON

DEBATE

Índice

<i>Introducción</i>	13
<i>Algunas ideas antes de comenzar</i>	21

PARTE I

EL SUBSUELO DE TODO.

RENTISMO Y CRISIS ECONÓMICA

1. Petróleo y Estado mágico	29
¿Qué es el rentismo?	32
Los laberintos del Estado mágico	38
Una política negro alquitrán	40
2. El colapso de la economía	45
Todas las causas de la crisis	46
Siempre el dólar	50
El desenlace	52

3. La dolarización como salida	59
El lento camino a la dolarización	61
La economía ilegal y el colapso del Estado	64
4. El socialismo de la desigualdad	71
El país que ya no es	77

PARTE II

EL SINUOSO CAMINO DE LA DESDEMOCRATIZACIÓN.

POLÍTICA Y ELECCIONES

5. El día que Venezuela dejó de ser una democracia	81
Un día todo comenzó a torcerse	84
El giro autoritario	91
Maduro y Chávez	97
6. Venezuela como autoritarismo caótico	101
Cuánto de Chávez hay en Maduro	108
Autoritarismo por vía del caos	112
7. Militares y derechos humanos	121
¿Hasta dónde llega la represión? El Informe Bachelet . .	127
8. ¿Por qué la oposición no llegó al poder (aunque lo acarició un par de veces)?	133
Hablemos de porcentajes	140

PARTE III
EL SOCIALISMO MÁS LOCO DEL MUNDO.
VENEZUELA EN LA ESCENA INTERNACIONAL

9. Del fantasma de una invasión a los nuevos aliados	145
Todos los socios de Venezuela	151
Romper el aislamiento	154
10. Ayer un faro ideológico, hoy un pesado adoquín simbólico. Venezuela para la izquierda latinoamericana	159
La segunda ola: Chávez tenía razón	162
Venezuela en la tercera ola de la izquierda	165
11. Cuando el socialismo se convierte en una mueca	171
El socialismo como antojo del líder	175
<i>Epílogo</i>	181
<i>Gracias</i>	187

Introducción

Un océano terracota, como una ola gigante formada por cientos de miles de casas construidas con ladrillos sin revocar, veteadas de verde, las grietas por donde se escapa obstinada la vegetación tropical, y salpicado por los círculos azules de los tanques de agua y los puntos grises más chiquitos de las antenas de la televisión satelital. Hasta donde alcanza la vista se puede observar este laberinto interminable de casas precarias encaramadas sobre la ladera del monte, con sus escaleras endiabladas de recorridos largos, una curva y una contracurva y luego otra, y a veces espacios planos como mesetas, que funcionan a la manera de nodos comerciales surcados, debajo de las sogas de ropa secándose al sol y los mil cables de los colgados a la luz, por cientos de negocios en las ramas más diversas: venta de empanadas, productos de aseo y limpieza, repuestos para autos —el parque automotor está muy envejecido y obliga a la magia restauradora de la mecánica—, barberías, “despachos de abogados”, lotería, arepas al paso, panaderías, puestos de venta de frutas y verduras de todos los colores que ofrecen “combos” por un dólar —una bolsa de plástico que contiene yuca, pepino, cebollas, papas, medio repollo blanco, maíz y un atadito de

condimento—, juguetes para los chicos, crocs usadas prolijamente clasificadas por número, cogotes de pollo para hacer caldo, chuletas de cerdo y carne de res que se ofrecen directamente sobre tablones sin refrigeración, cuyo vendedor espanta las moscas con una especie de plumero pequeño, y un poco más allá, en los mismos tablones sin frío, pescado. El apuro inexplicable de los vendedores compite con las motos que esquivan con habilidad de Fórmula 1 a las personas, las tiendas y los árboles, que crecen con voluptuosidad caribeña en los lugares más insólitos, en el ángulo que forman la vereda y una pared, detrás de un poste de luz, en un bache al costado del camino. Cada treinta metros, a dos dólares el litro, se ofrecen las botellas de Empresario, un ron popular que reemplazó al cocuy de penca, una de las tantas “gasolinas de avión”, destilados caseros que se habían popularizado durante los momentos de mayor escasez, cuando faltaba la caña para fabricar ron, y que se vendían con el sistema de “recarga”: llevabas tu vaso y te lo llenaban directamente de un tanque, con la consecuencia de una crisis de intoxicación que produjo varios muertos. A la entrada del barrio, jeeps viejos estacionados en filas, los únicos con la tracción suficiente para subir las cuestas más empinadas; una farmacia de la Aviación Militar Bolivariana; dos tanquetas de la Guardia Nacional —“para disuadir”, me aclaran— y pequeñas mesas bajas que alquilan celulares para llamadas —cobran por minuto—. Conforme uno va ascendiendo, el panorama, como en las favelas brasileñas, se vuelve más y más pobre, aunque siguen siendo casi todas casas de ladrillo y cemento con techo de chapa, viviendas más consolidadas que las precarias construcciones de las villas y asentamientos en los conurbanos llanos de la Argentina. Aparecen las montañas de basura apiladas en las esquinas, a la espera de que el servicio de recolección pase con palas mecánicas a cargarlas en un camión. Y se ven los primeros “gariteros”, centinelas de las bandas criminales.

INTRODUCCIÓN

Antigua zona de residencia de los indígenas mariches, que la llamaban “de cara al río” por su ubicación frente al Guaire, Petare fue durante la colonia el nodo de las rutas que conectaban el valle de Caracas con el oriente del país, y más tarde, una zona de producción de azúcar, cacao, tabaco, añil y, luego, café.

Los migrantes fueron llegando poco a poco durante el siglo XX, como parte del acelerado proceso de modernización y urbanización que atravesó el país, provenientes de los estados andinos más pobres, de Europa, sobre todo españoles y portugueses, y de Colombia, a tal punto que hacia los años noventa se calculaba que la mitad de los habitantes de Petare correspondía a colombianos o hijos de colombianos.

La irrupción de Hugo Chávez produjo una ebullición en el barrio, que se abrazó al comandante como pocos lugares de Venezuela, pero hoy la política parece ausente, y solo se ve en los puestos de servicios de la municipalidad. Con una población que el Instituto Nacional de Estadísticas calcula en 448.000 personas amontonadas en 40 kilómetros cuadrados, Petare compite con Rocinha, en Río de Janeiro, por el título de la favela más grande de América Latina.

Dos cuestiones organizan la vida del barrio. La primera es la inseguridad, y la segunda, el agua.

Las redes criminales controlan partes enteras de la zona. Organizan el comercio cobrándoles una tasa (“vacuna”) a comerciantes y puesteros, se ocupan del microtráfico de drogas y se diversifican hacia otros rubros. Por ejemplo, cuentan con pequeños ejércitos de personas que revuelven la basura en busca de cobre, bronce y hojalata, que reciclan y venden. La expansión criminal es parte del proceso más general de aumento de la inseguridad que comenzó antes de la llegada de Chávez al gobierno, con la crisis socioeconómica de los años ochenta, pero que se acentuó durante la etapa bolivariana, a veces como consecuencia de decisiones intempestivas. Después del